

CORAZONES

QUE CANTAN SOPLOS DE VIDA

PRESENTACIÓN DE LA AUTORA

Marcela Gallegos Ruiz nació en el hermoso valle de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (México). Seguramente la belleza de las montañas y la riqueza intercultural que caracterizan a su ciudad natal han influido en su sensibilidad para contemplar el misterio de la presencia divina en la naturaleza y en las diversas manifestaciones de fe que hay a su alrededor. Las palabras han desempeñado un papel muy importante en su historia desde pequeña, de modo tal que escribir ha sido para ella el vehículo más apropiado para expresar el lenguaje del corazón. Es una mujer enamorada de la vida y está orgullosa de su ser mujer. Le fascina aprender de otras personas, conocer otros puntos de vista e intercambiar ideas, y está convencida de que a través del servicio a otros y a otras se pueden construir nuevos y mejores caminos para la humanidad. Ha sido una incansable buscadora de opciones para saciar su sed espiritual, y actualmente se considera católica en el sentido de tener un corazón universal e incluyente con una clara tendencia a la fraternidad y la sororidad.

Corazones que cantan soplos de vida es un ensayo autobiográfico que nace del deseo de compartir experiencias y reflexiones personales que me han llevado a reconocermelo como católica. Se trata de una historia real de encuentros en medio de un inmenso mar de desencuentros: una historia de amor, de fuego, de nostalgia y sed de Dios a través de mi peregrinar espiritual por caminos muy diversos, y en ocasiones

antagónicos, que he recorrido en el seno de la congregación conocida como Iglesia católica. Caminos en los que he hallado al dios ególatra impuesto por la visión patriarcal de la Iglesia —oscurantista, segregacionista, acusadora y mortífera— y senderos en que he descubierto el rostro solidario, cercano e incluyente de Dios, a través de corazones que cantan soplos de vida, de esperanza, de compromiso social y de libertad. Asimismo, es un canto de orgullo y agradecimiento dedicado a las mujeres que me invitan a soñar con una Iglesia que resucite con rostro de mujer.

CORAZONES
QUE CANTAN SOPLOS DE VIDA

Marcela Gallegos Ruiz

CORAZONES QUE CANTAN SOPLOS DE VIDA*

A las mujeres que me han estremecido...

El encuentro en medio de los desencuentros

Ahora que hay opciones religiosas, espirituales, esotéricas, a la medida del “usuario” (pues al cliente hay que darle lo que pide), sería adecuado preguntarme: ¿por qué me considero católica?

Hace años viví un hecho muy singular. Era un domingo común y corriente. Como buena católica, fui a misa, como procuraba hacerlo en los últimos años cuando me comprometí más profundamente con mi fe. Pocos días atrás había estado conversando con un amigo ateo que admira a sor Juana Inés de la Cruz. Ambos coincidíamos en ese punto y hacíamos a un lado que ella hubiera sido monja, como si eso no fuera importante o como si no fuera la parte que más nos atrajese

* Nota aclaratoria: en la medida de lo posible utilizaré expresamente en mi redacción el género femenino para ser incluyente al emplear términos colectivos. Sin embargo, de acuerdo con el principio de economía del lenguaje, en algunas ocasiones acudiré al uso común de plurales como “nosotros”, “los cristianos” para referirme tanto a los hombres como a las mujeres que pertenecemos a esos grupos.

de ella, como modelo de cultura, inteligencia y autonomía, a pesar del oscurantismo religioso que la circundaba, a pesar de vivir en las fauces del enemigo. Pensar en Sor Juana y en opciones más inteligentes de trabajo en la Iglesia ocupaba mi mente mientras se llevaba a cabo la liturgia dominical. De pronto, todos nos pusimos de pie para escuchar el Evangelio. Escuchar. La Iglesia nos hace seres pasivos, seres sin voz que debemos aceptar incondicionalmente las verdades incuestionables que nos llevarán al cielo. ¿Cielo? ¿Cuál cielo? ¿Por qué vivir para otra vida sin vivir en ésta que realmente tenemos? ¿Acaso no se puede vivir en ésta como un *allegro* intenso y apasionado que nos conduzca al siguiente *tempo*?

Párense, siéntense, arrodíllense. El encuentro religioso en lo que debería ser la fiesta mayor de cada semana, se ha convertido simplemente en una secuencia de órdenes. Sólo órdenes, sólo comandos, sólo obediencia. Sólo ceguera.

Mi corazón no podía resistir ese momento. Cada palabra pronunciada por el sacerdote era una invitación a mi rebeldía, a abandonar el recinto, a salir corriendo desesperada en busca de mi libertad, en busca de mi paz. Irónicamente, no me sentía en paz dentro del templo, dentro del lugar sagrado de encuentro con la divinidad. Sin embargo, no seguí ese impulso rebelde y permanecí, aun en contra de mí misma, o a pesar de mí misma, en aquel lugar hasta que la misa concluyó.

¿Por qué me quedé? ¿Qué hizo que me quedara allí? Las preguntas que generaron este ensayo me hicieron recordar aquella vivencia y plantearme en este momento, *hic et nunc*, aquí y ahora, por qué sigo siendo católica, por qué sigo aquí a pesar de los diversos momentos en que esta estructura, erigida en torno a la figura de Cristo, me ha robado la paz y me ha hundido en el oscurantismo. A través de las siguientes páginas trataré de explicar o explicarme las razones que he tenido para permanecer en las filas del catolicismo.

Debo aclarar que no soy teóloga, y que los fundamentos de mi ensayo más que teóricos son vivenciales. En mi historia de vida he transitado por diversas corrientes de la Iglesia católica: desde grupos muy conservadores, pasando por otros medianamente conservadores, hasta el contacto con grupos más liberales y liberacionistas. A este mosaico de experiencias puedo integrar un trato cercano con ateos y con grupos evangélicos (de igual manera, algunos extremadamente conservadores y otros más liberales).

Me tocó conocer a esa porción de la Iglesia católica que le dio la espalda a una madre soltera que era miembro del grupo juvenil misionero al que yo pertenecía. Pero también he conocido el rostro de la Iglesia católica que incluye a madres solteras sin exigirles ningún credo específico, que acepta a parejas que viven sin el sacramento del matrimonio y trabaja con ellas, la que respeta el ejercicio de la sexualidad como una extensión de la presencia sagrada de Dios, como un don confiado en nuestras manos y corazones.

Quiero, por tanto, plantear mis argumentos como una historia de amor, una historia de encuentros en medio de un inmenso mar de desencuentros.

La cruz en los labios: mi primera catolicidad

Nacer en el seno de una familia considerada católica simplemente porque ha portado ese título desde tiempos inmemoriales, es un hecho común en la actualidad. Ése es mi caso. Crecí en una familia que no iba a misa cada domingo, sino que hacía su aparición en el templo únicamente en acontecimientos especiales, como bautizos, primeras comuniones, “quince años”, bodas, entierros. Sumada a esas escasas asistencias, estaba nuestra ignorancia del protocolo: no sabíamos cuándo,

cómo ni por qué arrodillarnos, pararnos o sentarnos. Desconocíamos las fórmulas que le corresponden al celebrante y las de la asamblea, así como los símbolos más representativos del catolicismo. Y, a modo de marco para esa fotografía, mis padres expresaban con frecuencia sus críticas a la estructura eclesial.

A pesar de ese entorno, o quizá como consecuencia de él, mi abuela materna asumió como tarea suya la de proporcionarme algunos rudimentos de la fe católica. Ella me enseñó el Padre Nuestro, y se encargó de contarme varias historias bíblicas a modo de relatos infantiles para la hora de dormir.

Uno de los contactos más significativos que tuve a través de esas enseñanzas, fue aprender a hacer la señal de la cruz. Mi abuela decía en voz alta: "Por la señal de la santa cruz..." mientras conducía mi mano derecha por mi rostro y mi pecho. No sé cuántas veces repetimos el procedimiento, pero recuerdo con ternura la sensación de alegría que producía en mí el roce de la pequeña cruz formada por mi mano con mis labios. Hasta la fecha, cada vez que me persigno pienso en mi abuela y en su legado a partir de un simple movimiento corporal.

Durante esta primera catolicidad, el único trato que tuve con personas consagradas fue con una religiosa de claustro y con un sacerdote diocesano. A la primera la conocí a mis siete años de edad por un libro acerca de la vida y obra de sor Juana Inés de la Cruz que mi papá trajo a la casa. Me sentí fascinada por esa mujer de amplios conocimientos y de un inmenso amor por los libros. A mi maestra de segundo grado de primaria le platiqué con frecuencia de mi admiración por Sor Juana y de mi sueño de ser monja. En mi inocencia infantil, pensaba que ser monja implicaba ser estudiosa, sabia y talentosa. Imaginaba que mi inteligencia no sería desperdiciada en el convento, sino al contrario,

podría adquirir muchos conocimientos y tendría tiempo para leer infinidad de libros. Esa imagen de la vida religiosa como sinónimo de desarrollo intelectual marcó mis años venideros al sembrar en mi corazón la duda de si el mejor camino que podría tomar en mi existencia sería abrazar la vida consagrada.

A diferencia de Sor Juana, al sacerdote diocesano no lo conocí a través de libros, sino en persona, una tarde en que vino a tomar un café con mi familia. La razón de la visita no la sé, pero supongo que tenía nexos con que había sido compañero de trabajo de mi padre en una escuela unos años atrás. Para mí ésa fue una ocasión especial, puesto que era la primera vez que recibíamos la visita de un sacerdote en la casa. No recuerdo la edad que yo tenía, pero seguía siendo niña, y mis ojos curiosos observaban cada uno de los movimientos del padre, quien se desenvolvía como una persona normal, sujetaba la taza sin modos extraños y se reía como el resto de los seres humanos que conocía a mi alrededor, aunque su carcajada era tremendamente sonora. Sin embargo, en cuanto su boca quedaba libre del café que bebía o del pan que comía, o de su carcajada sonora, se llenaba de improperios. Y no me refiero a los cantos propios del oficio del Viernes Santo, sino a las palabras altisonantes que brotaban de sus labios para criticar las acciones del obispo en turno. En la poca conciencia que tenía de mi entorno, ignoraba que este sacerdote y el obispo de aquella época tenían pugnas ideológicas: un sacerdote libertino contra un obispo identificado con la teología de la liberación.

Los cimientos de mi infancia me condujeron a una adolescencia tendiente al libre pensamiento y al ateísmo. Sin embargo, simultáneamente, el germen de mi vida espiritual comenzaba a asomarse ávido de dominio sobre el terreno de mis conflictos existenciales.

Las campanadas de mi padre: transición a mi segunda catolicidad

La tarde de un viernes mi padre escuchó las campanadas del templo de Santo Domingo, cuyo sonido es el más hermoso de todas las campanas que suenan en nuestra ciudad. Las escuchó y dijo: “Este domingo quiero ir a misa”. Yo tenía casi diecisiete años, una mente inquieta, cuatro meses de haberme proclamado atea y una gran sorpresa al ver que un librepensador quería ir a misa. ¡No podía perderme ese acontecimiento! Y, en efecto, no me lo perdí. Aunque tal vez, visto a la distancia de los años, fui yo quien se perdió.

Algo ocurrió en esa misa que me llevó a repetir la experiencia a los pocos días. No se trató de una revelación, sino de algo normal para una joven de esa edad: en la celebración dominical vi a un chico que me gustaba, y quería volver a verlo. Afortunadamente no tuve que esperar hasta el siguiente domingo, sino al miércoles: Miércoles de Ceniza, el primero para mí. Nunca había visto a tanta gente congregada en un templo. Al no encontrar asientos disponibles, tuve que quedarme de pie contra la puerta principal, apretujada entre las humanidades que me circundaban. La curiosidad que me caracteriza encendió mis ojos y oídos para observar lo que sucedía a mi alrededor, mientras que la vivencia comunitaria al rezar el Padre Nuestro —la única oración que conocía de todas las que se pronunciaron en la misa— encendió en mi corazón el fuego de una intensa búsqueda espiritual. Ése fue el primer golpe. El segundo, las palabras del celebrante al imponer la ceniza sobre mi frente: “Arrepiéntete y cree en el Evangelio”. Al estilo de la conversión de Saulo, sentí que una fuerza mayor a la mía me había arrojado del caballo de mis ideas. Y al igual que Pablo, perdí la vista, me perdí de vista. Salí del templo al lado del chico que a esas alturas ya

había dejado de importarme. Mi única compañía fue una honda nostalgia de Dios.

Mi Edad Media: mi segunda catolicidad

“Pasabas por allí, no sé bien qué vibró dentro de mí y, sin pensar, me fui detrás de ti...” dice una canción de Mecano, titulada *J.C.* Y así, sin pensar, me fui detrás de Él, o de lo que creí que me llevaría a Él. Mi sed de Dios era insaciable. Adquirí mi primera Biblia para mitigarla. No funcionó del todo. Quizá lo que la calmó un poco fue el lugar de la compra: una tienda de artículos religiosos a cargo de unas monjas que pertenecen a una comunidad misionera. Después de comprar la Biblia, empecé a frecuentarlas con el pretexto de adquirir algún rosario, alguna estampa, alguna paleta de chocolate. En realidad me llevaba hacia ellas la misma sed que mencioné anteriormente, combinada con el hambre de los relatos de la vida misionera en África y Asia. El sueño de mi infancia —ser monja como Sor Juana— ahora reverdecía, pero con nuevos matices: ya no me veía en el claustro rodeada de libros, sino en lugares remotos rodeada de personas en necesidad a las que podría ayudar con mi servicio.

Me enamoré perdidamente de la posibilidad de ser misionera. Mi relación con la comunidad de estas monjas significó para mí algo equivalente a mi primer amor: lleno de juventud, de entusiasmo, de inocencia, de entrega absoluta y —por qué no admitirlo— de ceguera. Este amor me hizo decidir mi ingreso al grupo misionero laico juvenil asesorado por esas monjas.

Gracias al tiempo en el que estuve en el grupo misionero conocí el trabajo de las bases de la Iglesia católica, principalmente el de religiosas y misioneros laicos que tienen contacto

directo con los sectores de la población más desatendidos por las autoridades civiles y que quizá no reciban una visita directa de los altos jerarcas católicos. Fue aquí donde conocí el profundo espíritu de servicio de los jóvenes, de hombres y mujeres que sueñan con construir un mundo mejor. Ellos y ellas me llenaron de esperanza y encendieron en mí el fuego lleno de deseos de servir a otros.

Hace unos días encontré una cita atribuida a Anthony de Mello: "Si encuentras tu descanso en Jesucristo, ya no volverás a tener un momento de descanso". Precisamente eso sucedió con mi vida después de las misiones, jamás pudo volver a ser la misma.

Conocí entonces la santidad anónima, la santidad de base, la santidad que comparte el pan con los que no lo tienen, la santidad que camina horas de una población a otra, la santidad que camina en el lodo, hombro a hombro con las comunidades indígenas, la santidad que utiliza el transporte público o mulas de carga. Pero, lamentablemente, una santidad en muchas ocasiones infestada de fanatismos.

A pesar de todas las buenas impresiones que obtuve en aquella época, hubo corazones rotos, como suele pasar con el primer amor, sobre todo si se da en un estado de inmadurez. En el enamoramiento ciego no alcancé a distinguir señales de alarma, y cuando las noté, ya iban acompañadas de daños difíciles de cuantificar.

El politeísmo católico y sus invitaciones a la deserción

Desperté brusca y dolorosamente del ensueño en el que me instalé durante mi tiempo en el grupo misionero. La mesa directiva de este grupo, constituido por mensajeros del amor, de la paz y del perdón, en coordinación con la madre superiora de

la comunidad de religiosas que nos asesoraba, acordaron la expulsión de una de mis compañeras misioneras debido a su embarazo fuera de matrimonio.

Su caso no se hizo público dentro del grupo. La mayoría de los compañeros ignoraba lo que estaba ocurriendo y se preguntaba por qué una chica tan comprometida como ella, de repente tomó la decisión de renunciar al grupo. Sin embargo, tuve la oportunidad de estar más cerca de ella, pues habíamos tenido una amistad estrecha en nuestros estudios de bachillerato, y me tocó verla llorar en medio de la confusión y los sentimientos de culpa mientras se desprendía de los símbolos que portaba con ella desde que había sido aceptada como miembro del grupo. Yo todavía no tenía esas insignias, porque estaba en una etapa de candidatura, por llamarla de un modo; a ella le había costado un gran esfuerzo “ganárselas”, y pocos meses después las perdía. Por la confianza que tenía depositada en mí, fungí como mensajera para entregar su carta de renuncia (obligatoria debido a la “gravedad de su falta”) y los mentados distintivos. Y junto con el sobre que entregué, mi corazón y mi mente comenzaron a elaborar su propia carta de renuncia sin que tuviera plena conciencia de ello.

Yo no era quién para juzgarla, así como mis compañeros y las monjas asesoras no tenían por qué juzgarme a mí o a otros compañeros y compañeras que meses o años más tarde decidimos tomar otros caminos que nos alejaban de los códigos de comportamiento asfixiantes que exigían (o siguen exigiendo) a los miembros del grupo.

Esos mensajeros del amor, de la paz y del perdón llenaron de enormes culpas y confusiones las maletas que llevé a mis nuevos caminos. Asimismo, fueron mensajeros de la enemistad conmigo misma, de la enemistad con mi humanidad, y sembraron la discordia, la intranquilidad, la desolación.

Fueron los inquisidores que pusieron sobre nuestras vidas las etiquetas de pecadores o pecadoras que merecíamos de todo tipo de aflicciones. Fueron guardianes férreos que, con sus estatutos en mano, nos cerraron las puertas del paraíso.

En nuestra humanidad conviven ángeles y demonios. Tenemos sembradas en nuestros corazones las semillas para ser como Gandhi o como Hitler. En nuestras manos está la decisión acerca de cuál queremos que se desarrolle más. La belleza y la crueldad conviven en el interior de cada ser humano en una danza de claroscuros que, al igual que el rey Midas, llenan de esa dualidad todo cuanto tocan. Lo sublime y lo perverso cohabitan no sólo en cada corazón, en cada cuerpo, en cada mente, sino en cualquier empresa humana. Por consiguiente, la Iglesia católica, más humana que divina, no escapa a esta realidad.

En uno de sus sonetos, Pablo Neruda afirma que “de dos modos es la vida, la palabra es un ala del silencio, el fuego tiene una mitad de frío”. Somos seres de luces y sombras, constituidos de claroscuros. No somos seres en blanco y negro, sino de colores, de matices, de tonalidades diferentes que se combinan artísticamente para manifestarnos al mundo con nuestra singularidad. En definitiva, no podemos tener sólo una cara buena o sólo una cara mala.

Quizá no sólo la Palabra, no sólo el Verbo fue y estuvo en el principio, sino también la paradoja, de tal manera que no podemos aspirar a ser sólo luz si por medio de los procesos orgánicos podemos constatar que la naturaleza requiere de las sombras, del día y de la noche, de las cuatro estaciones del año.

Al parecer, el sector más conservador de la Iglesia católica se ha encargado de rechazar aquello que se aleja de su concepto de “lo bueno”, como si pudiéramos decir que la noche es mala mientras que el día es bueno. Su visión es separatista.

Olvida que estamos constituidos por una gama de factores psicológicos, emocionales, intelectuales, académicos, sociales, físicos, etc., que no siempre conviven en armonía. Tratar de clasificar todos estos factores en buenos y malos, y deshacerlos de los malos, implicaría negar nuestra esencia, y con esto, aniquilarnos. San Pablo, en la Carta a los Romanos dice: “Sabemos, además, que Dios dispone *todas las cosas* para el bien de los que lo aman, de aquellos que él llamó según su designio” (Rom 8, 28). Todas las cosas. Todas.

Hace poco más de un año le escribí esta carta a una amiga que pasaba por ciertas dificultades:

Imagínate en una hermosa playa, tomando el sol en un día espléndido... ¡qué rico!, ¿no? La luz solar se combina preciosamente con el azul del mar y crea nuevos tonos dignos de maravilla; esta misma luz va dándole un color especial a tu piel (más aún si te aplicas bronceador). Imagínate caminando o corriendo a lo largo de la playa, pero eh... ¡espera! Ahora imagina que en esa playa nunca anochece, pero tampoco hay árboles ni casas ni objetos que puedan cobijarte con su sombra. Imagina que te expones al sol por veinticuatro horas seguidas sin refugio alguno. ¡Qué bella es la luz! ¿no?, pero quizá no en esas circunstancias. Así son nuestras vidas: no siempre podemos tener luz; por salud mental y emocional necesitamos ciertas sombras. Necesitamos de la noche para descansar, para reponernos, para soñar. La oscuridad manejada adecuadamente puede ayudarnos a replantear lo que estamos haciendo, a recobrar energías, a crecer, a reinventarnos, a hacer una pausa para ver lo que hemos recorrido, disfrutar y agradecer por lo que ahora tenemos, y mirar hacia adelante. Tú eres una persona de la luz; así que estoy segura de que no te estancarás en las sombras, pero mientras estés en ellas, sácales jugo, aprovéchalas, porque para los que aman a Dios y se dejan amar y transformar por Él, todo, incluso el dolor, incluso lo que llamamos error, coopera para su bien.

Debería existir un mandamiento que nos impulsara a amarnos a nosotros mismos con nuestras luces y sombras, y aceptar íntegramente lo que somos. Sin embargo, la religión de la luz parece enfocarse más en las sombras. Se ha convertido en una institución acusadora: “Religion is about our dignity, not our depravity” (Martel, 2001). Es decir, la religión debe tratar acerca de nuestra dignidad, de todo aquello que nos hace dignos, no de nuestras peores facetas, mucho menos de nuestras miserias.

Desde esta perspectiva, la Iglesia católica, a la que suele llamársele “madre”, es una madre que golpea, censura, viola, encierra, culpa, juzga y castiga; es una madre que ha perdido la cordura y su sentido humanista al darle la espalda a la realidad, a los corazones, a la alegría de vivir. Una madre que goza con el sufrimiento de sus hijos como camino de salvación, sedienta de sacrificios, de condenas, de mártires, de fórmulas repetitivas sin sentido, de autómatas que aspiran a patrones de conducta immaculados, de personas que siguen obedientemente el plan de Dios que sólo ella, la Iglesia, asegura conocer.

La interpretación religiosa del plan divino me hace pensar que quienes están detrás de esta versión de Dios lo ven como un ser egoísta, un ser al que no le gusta la libertad, ¡detesta la libertad! Asimismo, odia la creatividad y la sinceridad. Prefiere amarrarnos para nutrir su egolatría y su egocentrismo. Una religión así no sólo niega al dios-amor, al dios infinito, al dios de la vida, al dios del perdón y del abrazo cálido. Va en contra suya e inventa otro dios: el dios-horror, el de la intimidación, el de la culpa, el del miedo, el de la parálisis, el de la repetición absurda; el dios que justifica los abusos en esta tierra, al fin que son sólo temporales y serán perdonados por su infinita misericordia. ¡Qué misericordia tan conveniente! Se trata de un perdón sujeto a las fluctuaciones del mercado religioso, a las conveniencias de la jerarquía. Este

dios que nos han inventado desde la visión patriarcal de la Iglesia, es el dios de la violencia y de la discriminación. Si ellos creyeran en lo que predicán, no cometerían las fechorías que lastiman a la humanidad, de las que la pederastia es uno de los ejemplos más claros y dolorosos en la actualidad.

Ese dios-terror es un dios diferenciador, un dios que tolera la desigualdad, que justifica el trato preferencial a los sacerdotes cuanto más alto sea su rango, y margina a las religiosas —por ser mujeres— y al pueblo creyente. El dios intolerante que avala la excomunión cuando las ideas o procederes de sus hijos o hijas no se apegan al código moral impuesto por su santa Iglesia. El dios exclusivista que sólo reconoce la salvación a partir de la única Iglesia que fundó, como si la Iglesia fuera un club exigente de membresías.

Es un dios de mercado que se ofrece como el mejor producto y trata de enganchar al primer incauto o incauta que lo permita. Vienen a mi mente mis encuentros con las comunidades que ejercen una práctica a la que llamo “mercado-tecnia religiosa”, mediante la que sembraban en mí la duda acerca de si mi vocación era o no la de consagrarme en la vida religiosa. Joven, soltera, “bien portada”, fui blanco fácil (al igual que el resto de chicas que cubrían estas características) de argumentos que iban desde el “atrévete a descubrir cuál es el plan que Dios tiene para ti”, “tal vez Él quiere algo más de ti”, “a veces el Señor nos invita a dar un salto mortal”. ¡Pero qué Señor es ése que me exige lanzarme a ciegas a un precipicio sin paracaídas y sin ninguna clase de protección?!

Ese dios-conformismo, es el dios de la resignación que nos exige vivir en esta vida como si fuéramos cuerpos, espíritus y mentes inertes. Más que seres mortales, más que vivir con la conciencia de nuestra finitud, parecería que, bajo la observancia estricta de las normas religiosas, vivimos infinitamente muertos.

Hablando de muerte, ese dios-negación esconde nuestros cuerpos y nuestras mentes bajo el velo de la culpa y el estigma del pecado. ¿Para qué tengo un cuerpo que no puedo usar, que no puedo mover, que no puedo explorar? ¿Para qué tengo un cerebro que no puedo ejercitar a través de cuestionamientos? Bien lo decía el poeta persa Omar Khayyam: “Nos diste ojos, Señor, y permites que la belleza de tus criaturas nos deslumbre; podemos ser dichosos y pretendes que renunciemos a los goces de este mundo. ¡Mas esto es tan insensato como querer invertir una copa sin derramar el vino que contiene!” (Gallardo, 1974).

El dios intransigente que, en complicidad con su Iglesia acusadora, inventa el pecado y autoriza sacramentalmente la confesión del delito para adueñarse de nuestras libertades. Inger, la esposa de un pastor evangélico en la película *Tierra de ángeles*, también conocida como *Así en el cielo como en la tierra* (*As it is in heaven*, 2004), discute con él acerca de la existencia del pecado y le dice de una manera contundente: “Dios no nos perdona porque Él nunca nos ha condenado. ¡Dios no condena! La Iglesia inventó el pecado. ¡El pecado no existe!”. Inger asegura que el pecado únicamente vive en nuestras cabezas, pero en realidad no existe. Eso que llamamos “pecado” es una invención de la Iglesia, que nos señala culpables con una mano y con la otra nos ofrece redención. Todo es una mentira suya para aniquilar a la gente y para ganar poder. La verdad es que Dios no tiene nada que perdonar, porque Él nunca condena.

Si Dios lo sabe todo, si Él creó todo y ha estado desde el principio, debió haber sabido desde el comienzo que los seres humanos tenderíamos a eso que la iglesia llama “pecado”. A veces la idea de pecado que maneja la Iglesia me hace imaginar a un dios perverso, creador de un videojuego gigantesco al que vinimos a participar sin nuestra voluntad. Sólo él sabe los

caminos que hay que seguir, las pruebas que superar y el puntaje que lograr. Si él, el gran diseñador, lo sabía todo, ¿por qué nos trajo a este mundo conociendo desde el inicio, mucho antes de nuestra existencia, nuestras debilidades y nuestras fallas? ¿Por qué este dios de laberintos permite que nos perdamos, “pequemos” y luego roguemos su ayuda e imploremos su perdón para salvarnos? ¿Acaso no sería este un dios ególatra en su máxima expresión? O, dicho poéticamente por Khayyam: “Bebo vino como las raíces del sauz la clara linfa del torrente. ‘No hay más Dios que Alá —dices—, sólo Él lo sabe todo’. Entonces, al crearme, no ignoraba que tendría que beber. Si no lo hiciera así, fallaría la sabiduría de Alá” (Gallardo, 1974).

Todos estos dioses impuestos por la Iglesia me han invitado en innumerables ocasiones a desertar de las filas del catolicismo. Sin embargo, para calmar mi sed espiritual sigo acudiendo a fuentes identificadas como católicas. ¿Cuáles son las razones que he encontrado para sentir esa afinidad? A continuación me referiré a ellas y a mi tercer momento como católica.

Mi tercera catolicidad

El *Diccionario de la Real Academia Española* reconoce como primera acepción de la palabra “católico” o “católica”, el adjetivo “universal”, es decir, “que comprende o es común a todos”. La institución que hoy conocemos como Iglesia católica aprovechó este significado y se apropió de él. Actualmente, entendemos como religión católica aquella “confesión cristiana regida por el papa como vicario de Cristo en la Tierra” (2001).

Soy católica porque soy universal, no porque haya firmado un contrato de exclusividad con esa congregación

humana que dirige el papa. Aunque mi formación es católica, mi corazón y mi mente están abiertos al ecumenismo y al diálogo interreligioso e interconfesional. Me gusta aprender de otras manifestaciones de fe, siempre y cuando no haya fanatismos ni divisiones ni imposiciones, sino unidad, amor, construcción y solidaridad. A veces, en son de broma, me he autodenominado “creyente independiente”, ciertamente con mayor afinidad con corrientes que, de algún modo, pertenecen a esa congregación llamada Iglesia católica, por lo que hago más las palabras que en diversas ocasiones he oído decir a una profesora a la que estimo: “Cada vez me vuelvo más espiritual y menos religiosa”.

Las religiones son sólo etiquetas que nos hacen enemistarnos. No atienden a la hermandad, a la identificación de unos con otros como seres humanos. Quizás este convencimiento que poseo me hace conmoverme siempre que escucho las ideas que expresa John Lennon en su canción *Imagine*: “Imagina que no hay paraíso, es fácil si lo intentas, imagina que no hay infierno debajo de nosotros, y que encima de nosotros sólo está el cielo... imagina que tampoco hay religiones”.

En consecuencia, mi tercera catolicidad consiste fundamentalmente en ser universal y en aceptar mi humanidad. Soy católica porque he aprendido a amarme y a perdonarme, y con esto me siento invitada a ser paciente conmigo y con la vida, a tratarme dignamente de acuerdo con mis convicciones y a ver mis acciones como experiencias de aprendizaje, no como la segmentación absoluta entre lo bueno y lo malo, entre lo blanco y lo negro, pues nuestras emociones y las acciones y decisiones que tomamos a partir de ellas no pueden ni deben ser clasificadas así.

Desde mi nueva catolicidad he descubierto a Jesús como hermano, amigo, compañero, cómplice de mis travesuras y de mis sueños, maestro... como un corazón siempre dispuesto

a comprender, a amar, a acoger, a perdonar y a abrazar. Y esto se lo debo a hombres y mujeres, cuyos corazones me han regalado cantos de luz, esperanza y vida.

Corazones que cantan soplos de vida

Después de haber pasado por las filas de grupos católicos extremadamente conservadores, inicié mi camino de encuentro con mi auténtica catolicidad en mi contacto cercano con una comunidad moderadamente conservadora. La base ideológica de ese movimiento laico me puso en contacto con un nuevo concepto de libertad: la libertad interior. A esta etapa la he llamado mi “Renacimiento”.

A pesar de la visión tradicional del papel femenino como sumisión, delicadeza, silencio y obediencia, tuve un encuentro significativo con herramientas pedagógicas que me ayudaron a sanar las heridas que me había causado el sentimiento de culpa por la “infinidad” de pecados que había cometido a lo largo de mi vida, y con esto pude perdonarme y aceptarme, y ver como algo vivo los primeros asomos del concepto “libertad”. Mi Renacimiento fue un taller de reparación de mi alma fragmentada.

Una vez repuesta, en otros círculos católicos conocí a jóvenes de fuego, cuyos corazones se inflamaban al misionar; a sacerdotes de fuego, cuyas homilías hablaban de justicia social, de los problemas inmediatos de nuestro entorno, de la virginidad como estado del alma, no como estado del cuerpo. Estos círculos fueron el puente que me condujeron a una nueva etapa, a la que llamaría “Ilustración”. En mi propia Ilustración hallé abundante luz y esperanza. Aprendí a valorar el arte sacro (poesía, pintura, escultura, música), el arte mundano inspirado en cuestiones sacras, y el arte mundano,

netamente inspirado en aspectos mundanos, aplicable a la vida espiritual. Descubrí que lo creado por el mundo no está en pugna con lo que consideramos espiritual o divino.

Por fin llegó a mi vida el tiempo de consolación a través de la espiritualidad ignaciana y los ejercicios espirituales. Ritos, talleres, actividades fuera de lo convencional, dinámicas creativas, liberadoras, vivenciales, profundamente humanistas que me inundaron de alegría y esperanza.

En esta etapa conocí una Iglesia hermana, en la que por primera vez un sacerdote me pidió que lo llamara por su nombre en vez de llamarlo por su función, es decir, en vez de llamarlo "Padre", así con mayúscula, como expresión diferenciadora de papeles y jerarquías, desde una relación vertical de superioridad a subordinación. Y después encontré a religiosas a las que tampoco había que tratar de "hermana", "sor", "madre", sino por sus nombres. Trato de igual a igual, como hermanos y hermanas en Cristo.

He tenido también el privilegio de conocer la Iglesia intercultural que permite empaparse de manifestaciones de fe autóctonas. Puedo compartir una experiencia que tuve en una comunidad tzotzil de San Andrés Larráinzar. La comunidad se reunió con la familia de Dionicia para llorar la partida de su papá dos años atrás. Los ancianos aconsejaron a la familia, y cada integrante de ella tuvo la oportunidad de compartir con palabras su dolor, sus problemas actuales. Así tomaron la palabra la viuda, alguna de las hijas, alguno de los hijos, el yerno. La comunidad escuchó, sugirió, abrazó, lloró. No fue un encuentro ajustado a la duración normal de una celebración litúrgica en la ciudad. No. Aquí duró lo que tenía que durar, como si el tiempo fuera algo accesorio, como si sólo importara reconquistar la paz en los corazonces, porque cada sufrimiento individual se convierte en un sufrimiento colectivo. No se puede dejar sin atender el dolor

individual, porque se vuelve una herida colectiva. Para los tzotziles decir “estoy contento(a)” implica decir “mi corazón está completo”. El corazón de la comunidad también debe estar completo. Ojalá la Iglesia católica pudiera aprender de la riquísima filosofía de vida de nuestros pueblos autóctonos.

Gracias a la creatividad de grupos juveniles, sacerdotes y religiosas que trabajan bajo la espiritualidad ignaciana y dominicana, principalmente, conocí una iglesia que no rechaza a las no vírgenes, que no rechaza a quienes viven en pareja sin haberse casado, que no rechaza a quienes piensan diferente. Asimismo, tuve mi primer contacto con el ecumenismo a través de la oración estilo Taizé.

Admiro la creatividad y la apertura de estas mujeres y hombres que rompen esquemas, y que, al estilo de los primeros cristianos, tienen corazones que cantan soplos de vida nueva. Recuerdo la inyección de esperanza e inspiración que me dio la prédica de una religiosa (caracterizada por ser una mujer muy culta, de alta sensibilidad y de gran compromiso con las causas sociales) en los oficios de un Viernes Santo. La vi y pensé: “¡Qué mujerón! ¡Con mujeres como ella imagino el sacerdocio femenil!” Lamento hondamente que aún no se hayan abierto las puertas a mujeres de grandes talentos y talentos que seguramente conducirían a la Iglesia por caminos de mayor humanismo, solidaridad y amor.

Serenata a la luz de la luna: el papel de las mujeres en la Iglesia

El año pasado tuve la oportunidad de ir a una misión educativa en la que se respeta la diversidad cultural y religiosa de los niños y niñas que acuden al verano de actividades propuesto por el equipo de organizadores y por los voluntarios.

Sentada en la mesa redonda de la casa de las religiosas que coordinaron la actividad, me di cuenta de que estaba rodeada sólo de mujeres: ellas y las voluntarias que llegamos de diversos lugares del país a apoyar a esa comunidad. Allí abrí los ojos a mi ser mujer. Allí me sentí plenamente orgullosa de ser mujer, discípula de Cristo, hermana de Cristo, amiga de Cristo. Con este despertar a la luz, mi corazón de luna pudo abrazar a grandes mujeres que me hacen identificarme como católica: María Magdalena y Sor Juana; Clara, Francisca, Luisa y Helena (religiosas que he conocido en los últimos años); Dionicia, Martha, Alberta, Lorenza, Cándida, Manuela y María (mujeres indígenas tzotziles, que, prestando sus servicios como catequistas, luchan por conquistar más derechos para ellas y para las mujeres de sus localidades).

Al apropiarme de mi ser mujer, pude reconocer que si una mujer sufre, sufro yo también; si hay una mujer feliz, las demás tenemos derecho a ser felices en consecuencia. Las mujeres estamos hermanadas: en cada una de nosotras habitan las mujeres que nos antecedieron (madres, abuelas, tías, hermanas) y las que transversalmente viven en otros lados del planeta. Precisamente por esta hermandad, podemos cambiar nuestro papel en la sociedad si logramos identificarnos no sólo una con la otra, sino una en las otras, y las otras en mí misma. En otras palabras: la sororidad como camino de empoderamiento, en la Iglesia y en la sociedad.

Como hermanas, tenemos el poder de decidir qué mujeres queremos que existan en nosotras: ¿aquella que da la espalda a otras mujeres, a sí misma? ¿o aquella que lucha y empodera? Quiero que en mí habiten mujeres que se apropian de su identidad. Orgullosas de sí mismas. Mujeres dispuestas a dar vida en abundancia, y con esto no me refiero a tener los hijos que “Dios mande”, sino a mujeres que a partir de su plenitud, de nuestra plenitud, podamos dar vida alrededor

nuestro con nuestras palabras, en ocasiones con nuestros silencios, nuestras acciones, nuestro trabajo, nuestras propuestas, nuestras luchas, nuestros abrazos, nuestras risas y nuestro llanto.

Sin embargo, la figura de la mujer para los sectores más conservadores de la Iglesia católica es silenciosa a más no poder. Se trata de un modelo de mujer casi invisible. Una mujer que, a semejanza de la María que nos quieren vender como madre de Jesús, atesora todo lo que sucede en torno suyo en su corazón: madre abnegada, delicada, obediente con su máxima expresión en el *Fiat* que pronunció ante el ángel del Señor. ¿Y por qué no nos han mostrado a la María activa, a la que toma decisiones por sí misma como cuando visita a Isabel? ¿La que arrulla y disciplina a su hijo? ¿La “desobediente” que le pide a su hijo que dé vino en las bodas de Caná?

Jesús estuvo rodeado de mujeres. Seguramente hay más influencia femenina en su formación que masculina. Mucho de María hay en Él. Una vez oí decir de un pastor evangélico que tenía un lado femenino muy marcado, debido a que su mamá fue madre soltera. Comentó que eso le permitía entender mejor a su esposa y a las mujeres que lo rodean. La sensibilidad de este hombre me conmovió, y me hace pensar en ese Jesús pleno que se identifica con el dolor de los otros y de las otras. Ese Jesús pleno, apropiado de su ser masculino y de su ser femenino. Ese Jesús que rompe las barreras que solemos poner para separarnos.

A guisa de sarcasmo, llamamos “madre” a la Iglesia católica, pero quienes han tomado la mayoría de las decisiones fundamentales a través de la historia no han sido mujeres, sino hombres. Tenemos un papa, no una *mama*. Tenemos sacerdotes, pero no hay cabida para las mujeres en el sacerdocio. ¿Por qué nos temen? ¿Por qué nos etiquetan como las herederas de Eva, las provocadoras del pecado y de la caída

de la humanidad? ¿Por qué se empeñan en desacreditarnos como lo han hecho con María Magdalena? Les conviene nuestro silencio y nuestra sumisión. Nosotras merecemos elevar nuestra voz y ser voz de quienes han sido calladas y callados, despojadas y despojados de su conciencia. Merecemos reivindicarnos como discípulas de Jesús, al igual que Magdalena. Nuestra reivindicación será la suya. La suya será la nuestra. Merecemos construir la sororidad que supere épocas y fronteras. Merecemos una Iglesia que resucite con rostro de mujer, con la misión clara de parir la esperanza como camino de vida. Por eso soy católica, por eso soy universal, porque mi esencia es la vida, porque estoy conectada con la vida, porque quiero transmitir vida.

Credo conclusivo

A lo largo de mi peregrinar espiritual he hallado pistas que me hacen creer en el camino de la catolicidad, no como el único, sino como una opción auténticamente radicada en el corazón. Entre estas pistas puedo mencionar a sacerdotes y religiosas que se entregan y comprometen con su pueblo, como Raúl Vera, Samuel Ruiz, Alejandro Solalinde, Ituarte, Óscar Arnulfo Romero, Clara, Francisca, Luisa, Helena, entre otros y otras.

Siento una gran inclinación por la Iglesia del trabajo de base, con los inmigrantes, los menos favorecidos. La Iglesia que lucha por los derechos humanos, la que promueve el empoderamiento de la mujer. La Iglesia que invita a ser familia y a ser respuesta para el mundo, en especial para la gente destrozada.

Me siento inspirada por los ministros, religiosas y creyentes en general que son sembradores de sueños, que optan por la inclusión y no por la marginación, que escogen la

fraternidad y plenitud contra el egoísmo y el egocentrismo. Me siento atraída por quienes construyen día a día no una religión, sino una espiritualidad católica —en el sentido de universal— basada en el amor, en la dignidad, en la libertad. Una espiritualidad de vida, de vida abundante, de vida humana. Si yo pudiera tener mi propio credo y compartirlo con la comunidad creyente, sería:

Creo en un solo Dios, que es padre y madre, hermano y hermana, luz, palabra y abrazo; creador, creadora de universos internos y externos, de lo que podemos explicar y de lo inexplicable. Que se manifiesta en el mundo, en la vida diaria, en la calle, en la naturaleza, en el silencio y en el tiempo. Señor de muchos nombres, de muchos caminos, de muchas representaciones gráficas e iconográficas. Creo en el Señor Jesucristo, amigo mío y hermano de la vida, de la alegría y del amor; amigo y hermano de otros profetas, de hombres y mujeres de santidad anónima, rebelde y liberadora, que luchan por el pan de cada día, hombro con hombro, sin explotar a sus semejantes. Sembrador de la esperanza, fuente de la que brota el pan de la alegría y la carne del amor, hecho milagro en un abrazo y multiplicado como alimento eterno que trasciende fronteras y épocas. Creo en el Espíritu de fuerza, de consolación y libertad; luz que alumbra el entendimiento, fuego que enciende el corazón de quienes aman. Creo en la Iglesia, que es comunitaria, que es incluyente, que es hermana, que es familia, que no atiende a jerarquías, sino a la solidaridad, reflejo del estilo de vida de los primeros cristianos. Espero la resurrección de las conciencias y de los corazones de los cristianos actuales en la esencia de vida de los primeros cristianos, danzando en armonía con los signos de los tiempos. Amén.

Junio de 2014.

